



Digitalizado por **LIBRO** dot.com
<http://www.librodot.com>

Abraham Merritt

El estanque de la luna

ÍNDICE

PREFACIO

CAPÍTULO I : LA COSA DEL CLARO DE LUNA

CAPÍTULO II : ¡MUERTOS! ¡TODOS MUERTOS!

CAPITULO III : LA ROCA DE LA LUNA

CAPITULO IV : LOS PRIMEROS DESAPARECIDOS

CAPITULO V : EN EL ESTANQUE DE LA LUNA

CAPITULO VI : EL DEMONIO CENTELLEANTE SE LOS HA LLEVADO

CAPÍTULO VII : LARRY O'KEEFE

CAPITULO VIII : LA HISTORIA DE OLAF

CAPITULO IX : UNA PAGINA PERDIDA EN LA HISTORIA DE LA TIERRA

CAPITULO X : EL ESTANQUE DE LA LUNA

CAPITULO XI : LAS SOMBRAS LLAMEANTES

CAPITULO XII : EL FINAL DEL VIAJE

CAPÍTULO XIII: YOLARA, SACERDOTISA DEL RESPLANDECIENTE.

CAPITULO XIV : LA JUSTICIA DE LORA

CAPITULO XV : EL ODIOSO Y SUSURRANTE GLOBO

CAPÍTULO XVI : YOLARA DE MURIA CONTRA O'KEEFE

CAPITULO XVII : EL LEPRECHAUN

CAPÍTULO XVIII : EL ANFITEATRO DE AZABACHE

CAPITULO XIX : LA LOCURA DE OLAF

CAPITULO XX : LA TENTACIÓN DE LARRY

CAPITULO XXI : EL DESAFÍO DE LARRY

CAPITULO XXII : LA PANTALLA DE LA SOMBRA

CAPÍTULO XXIII: EL GUSANO DRAGÓN Y EL MUSGO DE LA MUERTE

CAPÍTULO XXIV: EL MAR PÚRPURA

CAPITULO XXV: LOS TRES SILENCIOSOS

CAPITULO XXVI: EL CORTEJO DE LAKLA

CAPITULO XXVII: LA LLEGADA DE YOLARA

CAPITULO XXVIII: EL ANTRO DEL MORADOR

CAPITULO XXIX : EL NACIMIENTO DEL RESPLANDECIENTE

CAPITULO XXX: LA CONSTRUCCIÓN DEL ESTANQUE DE LA LUNA

CAPÍTULO XXXI : LARRY Y LOS ANFIBIOS SEMIHUMANOS

CAPITULO XXXII : ¡VUESTRO AMOR! ¡VUESTRAS VIDAS!

¡VUESTRAS ALMAS!

CAPITULO XXXIII : EL CHOQUE DE LOS TITANES

CAPITULO XXXIV : LA LLEGADA DEL RESPLANDECIENTE

CAPITULO XXXV : ¡HASTA SIEMPRE... LARRY!

PREFACIO

La publicación del siguiente relato del Dr. Walter T. Goodwin ha sido autorizado por el Consejo Rector de la Asociación Internacional para la Ciencia.

Primero:

Para acabar definitivamente con lo que se ha dado en llamar el *Misterio Throckmartin* y para detener definitivamente la propagación de rumores y las escandalosas sospechas que han amenazado con empañar la reputación del Dr. David Throckmartin, su joven esposa, y su igualmente joven socio, el Dr. Charles Stanton, desde que un indiscreto radiograma desde Melbourne, Australia, informó de la desaparición del primero de un buque que se dirigía hacia ese puerto, y los sucesivos informes sobre la desaparición de su esposa y su socio del campamento que había establecido su expedición en las islas Carolinas.

Segundo:

Como el Consejo Rector ha concluido que las experiencias del Dr. Goodwin durante su heroico esfuerzo por salvar a los tres, y las lecciones y experiencias obtenidas de tales experimentos son demasiado importantes para la humanidad como para mantenerlos ocultos en los documentos científicos comprensibles sólo para las personas técnicamente formadas; o como para presentarlos a través de la prensa escrita de manera abreviada y fragmentada a causa de las limitaciones de espacio a que se ven sometidos tales vehículos de información.

Por estas razones, el Consejo Rector designó al Sr. A. Merrit para que transcribiera de manera comprensible para el lector lego las notas estenográficas de los propios informes del Dr. Goodwin; esta transcripción, editada y censurada por el Consejo Rector de la Asociación forman el contenido de este libro.

Como miembro del Consejo, el Dr. Walter T. Goodwin, Doctor en Física, F.R.G.S., etc., es sin lugar a dudas, el más sobresaliente de los botánicos americanos, un analista de reputación internacional y el autor de varios tratados definitivos sobre la rama de la ciencia a la que está dedicado. Su historia, asombrosa en el mejor sentido que se pueda dar a la palabra, está completamente apoyada por pruebas traídas por él mismo y aceptadas por la organización de la que tengo el honor de ser su Presidente. Lo que se haya eludido por esta presentación popular (debido al potencial excesivamente amenazador que contiene, y cuya distribución sin restricciones pueda desatar) se tratará en tratados puramente científicos de circulación cuidadosamente vigilada.

ASOCIACIÓN INTERNACIONAL PARA LA CIENCIA
Per J.B.K., Presidente

CAPÍTULO I La Cosa del Claro de Luna

Había permanecido a lo largo de dos meses en las islas d'Entrecasteaux reuniendo datos para los capítulos finales de mi libro acerca de la flora de las islas volcánicas del sur del Pacífico. El día anterior había llegado a Port Moresby y había observado que mis especímenes estaban cuidadosamente almacenados a bordo de la *Southern Queen*. Mientras me sentaba en la cubierta superior pensé, con añoranza, de las extensas leguas que se extendían entre mi persona y Melbourne, y las más extensas aún entre Melbourne

y Nueva York.

Fue durante una de esas mañanas amarillas de Papua cuando la naturaleza se mostró bajo su estado de ánimo más sombrío y hosco. El cielo presentaba un color ocre ardiente. Sobre las islas se gestaba un espíritu plomizo, extraño, implacable preñado de la amenaza de latentes y maléficas fuerzas esperando a ser desencadenadas. Parecía una emanación del propio corazón indomable y siniestro de Papua (siniestro incluso cuando sonrío). Y de cuando en cuando, cabalgando sobre el viento, llegaba la brisa de las junglas virginales, cargada con olores desconocidos, misteriosa y amenazante.

Es durante esas mañanas cuando Papua te susurra sobre sus inmemorial antigüedad y de su poder. Y, tal y como debiera cada hombre blanco, luché contra su hechizo. Mientras me debatía vi una figura alta corriendo a largas zancadas sobre el dique; un muchacho kapa-kapa la seguía balanceando una maleta nueva. Encontré algo familiar en el alto individuo. Mientras llegaba a la lancha me miró directamente a los ojos, fijando la vista durante un momento, y luego agitó la mano.

Y en ese momento lo reconocí. Era el Dr. David Throckmartin. *Throck* había sido siempre para mí, uno de mis más viejos amigos y, también, una mente de primer orden cuyo poder y logros fueron para mí una constante inspiración y una denota, lo sé, para otros.

Coincidiendo con mi reconocimiento, me golpeó la sorpresa, definitiva (desagradable). Era Throckmartin; pero poseía algo perturbador que no correspondía al hombre que había conocido tan bien y del que me había despedido hacía escasamente un mes antes de que yo mismo me embarcara para navegar por estos mares. Se había casado unas pocas semanas antes con Edith, la hija del profesor William Frazier, casi una década más joven que él, pero tan apegada a él tanto por su amor como por sus ideas, si fuera posible, como Throckmartin a ella. Gracias a las enseñanzas de su padre era una maravillosa ayudante, y gracias a su propia dulzura y a su corazón (y utilizo esta palabra en su antiguo sentido), una amante. Junto con su también maduro colega, el Dr. Charles Stanton, y una mujer suiza, Thora Halversen, que había sido la enfermera de Edith Throckmartin durante su embarazo, se dirigieron hacia Nan-Matal, el extraordinario grupo de ruinas insulares desperdigadas a lo largo de la costa oriental de Ponape, en las Carolinas.

Supe que había planeado gastar al menos un año entre las ruinas, no sólo de Ponapé, si no de Lele (los centros gemelos de un enigma humano, un asombroso florecimiento de la civilización que había brotado eras antes de que se plantaran las mismas semillas de Egipto; de cuyas artes conocíamos muy poco y de cuya ciencia lo desconocíamos todo. Llevaba con él un equipo inusualmente completo para el trabajo que esperaba llevar a cabo y del que esperaba que fuera su monumento.

¿Qué había traído Throckmartin a Port Moresby, y qué era ese cambio que había presentado en el?

Apresurándome hacia la cubierta inferior, lo encontré con el comisario naval. Mientras le hablaba se volvió alargándome una mano vehemente; y entonces apercibí cual era la diferencia que tanto me había turbado. El supo, naturalmente a causa de mi silencio y mi involuntario encogimiento, el impacto que me había provocado el verle de cerca. Sus ojos se dilataron; le dio la espalda bruscamente al comisario, dudó y se apresuró hacia su camarote.

- Tiene una pinta rara de verdad, eh?-me dijo el comisario.-¿Lo conoce bien, jefe? Parece mismamente como si le hubiera dado un susto.

Le respondí algo y volví a subir hasta donde estaba sentado. Me senté, me tranquilicé y traté de definir qué me había impactado tanto. En ese momento lo vi claro. El viejo Throckmartin estaba en la víspera de su aventura cuando cumplió los cuarenta años, ágil, erecto, musculoso; sus emociones controladas demostraban entusiasmo, agudeza intelectual, de (se podría decir) investigación expectante. Su cerebro siempre cuestionante había estampado su vigor en las facciones del hombre.

Pero el Throckmartin que había visto abajo era alguien que había sobrellevado algún tipo de trauma punzante compuesto por horrores y éxtasis mezclados; algún tipo de cataclismo espiritual que en su clímax había remodelado, en lo más profundo, sus facciones, estampándole el sello del éxtasis y la desesperación unidos; como si ambos hubieran llegado a él juntos de la mano, tomando posesión del doctor y marchándose dejando tras de sí, irradicables, sus sombras vinculantes.

Sí, eso era lo que resultaba repulsivo. ¿Por que cómo el éxtasis y el honor, la mezcla del Cielo y el Infierno, se podían dar la mano, y besarse?

¡Sí, esto era, lo que, en íntimo abrazo, residía en la cara de Throckmartin!

Absorto en esta meditación, inconscientemente relajado, observé cómo la línea de la costa se hundía detrás; dando la bienvenida al toque del viento en la mar abierta. Había esperado, y junto con esa esperanza se encontraba una inexplicable cobardía, encontrarme con Throckmartin durante la comida. No bajó, y fui consciente de entregarme a mi decepción. Durante toda la tarde holgazaneé incómodo pero se mantuvo encerrado en su camarote (y no encontré en mi interior la fuerza suficiente para reunirme con él). Tampoco apareció para la cena.

El ocaso y la noche llegaron con presteza. Tenía calor y regresé a la tumbona de la cubierta. La *Southern Queen* navegaba sobre una marejada inquietante y tuve que buscarme un sitio.

Sobre el cielo se cerraba una bóveda de nubes, resplandeciendo fantasmalmente y dando testimonio de que la Luna corría tras de ellas. Había muchísima fosforescencia. A rachas, antes de que la nave se alzara sobre aquellos extraños y pequeños torbellinos de niebla que se elevaban de la superficie de aquel océano meridional como la respiración de monstruos marinos, giraban durante un instante y desaparecían.

Repentinamente, la puerta de la cubierta se abrió y atravesó el umbral Throckmartin. Hizo una pausa indeciso, miró hacia el cielo con una curiosa, impaciente y absorta impaciencia, se demoró, y cerró la puerta a sus espaldas.

- Throck,-le llamé-¡Venga! Soy Goodwin.

Se acercó a donde me encontraba.

- Throck,-le dije, sin gastar el tiempo en preliminares-¿Qué marcha mal? ¿Puedo ayudarlo?

Me di cuenta de que su cuerpo se tensaba.

- Me dirijo a Melbourne, Goodwin,- me respondió. -Necesito algunas cosas; las necesito con urgencia. Y más hombres... hombres blancos...

Se detuvo abruptamente; se levantó de su silla y miró intensamente hacia el norte. Seguí su mirada. Muy, muy lejos la Luna había roto por entre las nubes. Casi en el horizonte se podía apreciar su luminiscencia fantasmal sobre la mar tersa. El lejano parche de luz se estremeció y tembló. Las nubes se espesaron una vez más y desapareció. La nave corrió hacia el sur, delicadamente.

Throckmartin se dejó caer sobre su silla. Encendió un cigarrillo con una mano

temblorosa; luego se volvió hacia mí con brusca resolución.

- Goodwin,-me dijo- necesito ayuda. Si algún hombre la necesitara verdaderamente, ése soy yo. Goodwin, ¿puede imaginarse en otro mundo, extraño, desconocido, un mundo de terror, cuyo principal goce es el mayor terror de todos; usted sólo allí, un extraño? Tal hombre necesitaría ayuda, como yo la necesito.

Hizo una brusca pausa y se levanto; el cigarrillo cayó de sus dedos. La Luna se había abierto paso de nuevo por entre las nubes y esta vez se encontraba mucho más cerca. El claro que iluminaba se encontraba a menos de un kilómetro. Tras el claro el borde del mar era una línea lunar; una gigantesca serpiente reluciente arrastrándose por el borde del mundo dirigiéndose directamente hacia la nave.

Throckmartin se puso rígido a su vista como un perro de caza se podría tensar frente a una madriguera oculta. Entre ambos pulsó una sensación de horror; aunque este horror campanilleó con una desconocida e infernal alegría. Me llegó y me traspasó, dejándome tembloroso con una conmoción agrídulce.

Se dobló hacia delante con el alma asomándole por los ojos. El claro de luna se deslizó hacia nosotros, más y más cerca. Ya estaba a menos de medio kilómetro. La nave voló alejándose, casi como si la persiguieran. Veloz y directa, cayendo sobre el barco, un torrente radiante hendiendo las olas, se deslizaba el flujo de la luna.

- ¡Dios, Dios!-, jadeó Throckmartin. Y si alguna vez estas palabras fueron una oración y una invocación, lo fueron en ese momento.

Y entonces, por primera vez, ¡Lo vi!

El claro de luna se extendió hasta el horizonte y lo rodearon las tinieblas. Pareció como si las nubes se hubieran separado para formar un callejón; abriéndose como cortinas o como las aguas del Mar *Rojo* cuando se apartaron para que las pudieran atravesar el pueblo de Israel. A cada lado de la corriente se recortaban las negras sombras de los pliegues del alto cielo. Y recta, como una carretera entre las opacas paredes destellaba, tremolaba y danzaba los brillantes y veloces rápidos de la luna.

Lejos, en apariencia inconmensurablemente lejos, a lo largo de esta corriente de fuego plateado sentí, más que vi, que algo se acercaba. Se presentó a la vista al principio como una luz difusa dentro de la propia luz. Incansablemente nadaba hacia nosotros; una neblina opalescente que se apresuraba sugiriendo una criatura alada durante un vuelo recto. Débilmente se arrastró hasta mi mente el recuerdo de la leyenda Dyak acerca del mensajero alado de Buda (el ave Akla, cuyas plumas están trenzadas con rayos de luna y cuyo corazón es un ópalo viviente, cuyas alas en vuelo suenan como la clara música cristalina de las estrellas blancas; pero cuyo pico está hecho de llama helada y descuartiza las almas de los descreídos.

Más cerca estaba y en ese momento llegaron hasta mí unos dulces e insistentes tintineos (como el pizicatto de unos violines de cristal; cristal claro; ¡diamantes fundiéndose en sonidos!)

Ahora la Cosa estaba más cerca del borde del blanco sendero; pegada a la barrera de oscuridad que aún se extendía entre la nave y el chispeante comienzo de la corriente lunar. Ya golpeaba contra la barrera como un pájaro contra los barrotes de su jaula. Se arremolinaba en relucientes penachos, en torbellinos de encajes de luz, en espirales de vapor viviente. Contenía extraños, desconocidos destellos como si de madreperla en movimiento se tratara. Átomos chispeantes y resplandecientes se movían por su interior como si los extrajera de los rayos que la bañaban.

Más y más se acercaba, transportada por las relucientes olas, y más delgada se volvía la protectora pared de sombras que nos separaba. En el interior de la bruma había un centro, un núcleo de luz más intensa; vetada, opalina, refulgente, intensamente viva. Y por encima de ella, enredada en los penachos y espirales que palpitaban y se arremolinaban había siete luces incandescentes.

A través de este incesante pero extrañamente ordenado movimiento de la, *cosa* estas luces se mantenían firmes y estables. Eran siete; como siete pequeñas lunas. Una era de color rosa perlado, una de un delicado azul nacarado, otra de suave azafrán, otras del color esmeralda que se puede ver en las aguas poco profundas de las islas del trópico; una de blanco mortal, otras de fantasmal amatista, y otra de un color plata que sólo puede verse cuando un pez volador salta fuera del agua a la luz de la luna.

La música tintineante era aún más fuerte. Penetraba en los oídos con una lluvia de diminutas lanzas; hacía que el corazón latiese con júbilo. Y se detuviese dolorosamente. ¡Cerraba la garganta con una palpitación de éxtasis y la atenazaba con la mano de una pena infinita!

En ese momento me llegó un grito murmurante, deteniendo las notas de cristal. Era articulado (pero daba la sensación de llegar desde algo definitivamente extraño a este mundo). El oído captó este grito y lo tradujo de manera consciente en los sonidos de la tierra. E incluso mientras lo comprendía, el cerebro se contraía irresistiblemente ante él, y simultáneamente parecía llegar hasta el sonido con un ansia irresistible.

Throckmartin dio unas largas zancadas hacia el frente de la cubierta, hacia la visión, ahora a no más de un centenar de metros de la popa. Su rostro había perdido cualquier semblante humano. Extrema agonía y extremo éxtasis se encontraban juntos, sin oponerse el uno al otro; impíos compañeros inhumanos mezclándose en una apariencia que ninguna de las criaturas de Dios debería soportar. ¡Y profundas, profundas como su alma! ¡Un diablo y un dios morando juntos en armonía! Así debería haberse mostrado Satán, recién caído, aún divino, buscando el cielo y contemplando el infierno.

Y entonces, lentamente, ¡la luna desapareció! Las nubes se deslizaron sobre el cielo como si una mano las hubiera reunido. Muy lejos al sur se oyó un berrido rugiente. Mientras la luna se desvanecía se desvaneció con ella lo que había visto; desapareció como la imagen de una linterna mágica. El tintineo cesó abruptamente, dejando un silencio como el que sigue al estampido abrupto de un trueno. ¡Nada quedaba a nuestro alrededor más que silencio y oscuridad!

Me traspasó un temblor como el que experimenta alguien que ha estado en el mismísimo borde del golfo en donde los hombres de las Luisiadas dicen que se arrastra el pescador de las almas humanas, y ha sido arrancado de regreso en la más inesperada oportunidad.

Throckmartin me rodeó con un brazo.

- Es como lo pensé,- me dijo. En su voz se apreciaba una nueva nota; la calma certera que se ha apartado bruscamente un terror acechante de lo desconocido.- ¡Ahora lo sé! Acompáñeme a mi camarote, viejo amigo. Por que ahora que ha visto lo suficiente puedo contarle...-se demoró-qué es lo que vio.- Finalizó.

Mientras traspasábamos la puerta nos encontramos con el primer oficial de la nave. Throckmartin compuso su rostro hasta casi conseguir una apariencia de normalidad.

- ¿Va a ser muy violenta la tormenta?-. Le preguntó.

- Sí.- Le respondió su contertulio. -Con probabilidad nos acompañará durante todo el

viaje a Melbourne.

Throckmartin se envaró como si se le hubiera ocurrido un nuevo pensamiento. Agarró con ansiedad la manga del oficial.

- ¿Quiere decir que el tiempo será nuboso durante...- dudó. – Durante al menos las siguientes tres noches?

- Y durante tres más.- Le replicó.

¡Gracias a Dios!-Gritó Throckmartin, y creo que nunca había escuchado una exclamación de alivio y esperanza que la que emitió su voz.

El marinero se paralizó por la sorpresa.

- ¿Gracias a Dios?-, repitió. -Gracias a... ¿Qué quiere decir?

Pero Throckmartin se dirigía ya a su camarote. Comencé a seguirlo, pero el primer oficial me detuvo.

- ¿Está enfermo su amigo?-. Me preguntó.

- ¡La mar!- Le respondí precipitadamente. -No está acostumbrado a ella. Voy a cuidar de él.

La duda y la incredulidad se mostraban en los ojos del hombre de mar, pero me alejé deprisa. Pero ahora sé que Throckmartin estaba verdaderamente enfermo. Pero con una enfermedad que ni el médico de la nave ni ningún otro podría curar.

CAPÍTULO II

¡Muertos! ¡Todos muertos!

Estaba sentado, con la cara entre las manos, en un lado de su litera cuando entré. Se había quitado el abrigo.

- Throck,- le grité. -¿Qué fue eso? ¿De qué está huyendo, hombre? ¿Dónde está su mujer? ¿Y Stanton?

- ¡Muertos!- Me replicó monótonamente. -¡Muertos! ¡Todos muertos!- Entonces retrocedí ante sus palabras. -Todos muertos. Edith, Stanton, Thora; muertos o algo peor. Y Edith en el Estanque de la Luna, con ellos, ahogada por lo que ha visto en el sendero de la luna. Eso ha colocado su marca sobre mí. ¡Y me sigue!

Se desgarró su camisa para abrirla.

- Mire esto.- Me dijo. Alrededor de su pecho, por encima del corazón, la piel estaba blanca como una perla. La blancura estaba perfectamente definida contra el moreno saludable de su cuerpo. Le rodeaba como un cinturón de aproximadamente seis centímetros de ancho.

- ¡Quémelo!- Me dijo ofreciéndome su cigarrillo.

Lo rechacé. Hizo un gesto autoritario. Apreté el extremo incandescente del cigarrillo sobre línea de carne blanca. No se acobardó ni apareció olor a carne quemada ni apareció, mientras tiraba el pequeño cilindro, marca alguna sobre la blancura.

- ¡Tóquelo!- Me ordenó de nuevo.

Coloqué mis dedos sobre la banda. Estaba fría; como mármol congelado. Se cerró la camisa.

- Ha visto dos cosas,- me dijo. -Eso, y su marca. Habiéndolo visto deberá creer mi historia. Goodwin, le repito que mi esposa está muerta, o algo peor; no lo sé. La víctima de lo que ha visto; al igual que Stanton; al igual que Thora. Cómo...

La lágrimas se deslizaron por su marchita cara.

- ¿Por qué permitió Dios que nos venciera? ¿Por qué permitió que se llevara a mi Edith?- Gritó con una amargura extrema. -¿Cree que existen cosas más poderosas que Dios, Walter?

Dudé.

- ¿Existen. Existen?- Sus ojos salvajes me buscaron.

- No sé exactamente cómo define usted a Dios,- me las compuse al fin a través de mi asombro para poder responderle. -Si se refiere al poder de saber, trabajando por medio de la ciencia...

Me rechazó con impaciencia.

- Ciencia,- dijo. -Qué significa nuestra ciencia contra... eso? ¿O contra la ciencia de los diablos que han creado eso... o que han abierto el paso para que entrara en nuestro mundo?

Con esfuerzo recuperó su control.

- Goodwin,- me dijo, -¿conoce bien las ruinas de las Carolinas; las ciudades ciclópeas, megalíticas y los puertos de Ponapé y Lele, de Kusaie, de Ruk y Hangolu, y la veintena de otros islotes que se encuentran allí? ¿Conoce en particular las de Nan-Matal y Metalanim?

- He oído hablar de las Metalanim y he visto fotografías.- Le respondí-. Las llaman la Venecia Perdida del Pacífico. ¿Verdad?

- Observe este mapa,- me dijo Throckmartin -Esto,- continuó diciendo, -es el mapa de Christian del puerto de Metalanim y de NanMatal. ¿Ve los rectángulos que enmarcan Nan-Tauach?

- Sí.- Le respondí.

- Aquí,- me dijo, -bajo estas murallas se encuentra el Estanque de la Luna y las siete luces brillantes que erigen el Morador del Estanque, y el altar y el santuario del Morador. Y allí en el Estanque de la Luna junto a él yacen Edith, y Stanton, y Thora.

- ¿El Morador del Estanque de la Luna?- Le repetí casi incrédulo.

- La Cosa que vio,- me dijo Throckmartin solemnemente.

Una sólida cortina de lluvia barría los puertos, y la *Southern Queen* comenzó a rodar sobre la creciente marejada. Throckmartin soltó otra profunda expiración de alivio, y apartando una cortina ojeó la noche. Su oscuridad parecía darle seguridad. Cuando se volvió a sentar estaba completamente calmado en todos los aspectos.

El Relato de Throckmartin

- No existen ruinas más maravillosas en todo el mundo,-comenzó de manera casi casual-. Colonizaron casi cincuenta islotes y los cubrieron con sus canales cruzados y lagunas de casi quince kilómetros cuadrados. ¿Quién los construyó? Nadie lo sabe. ¿Cuándo los construyeron? Eras antes de la memoria del hombre actual, eso con seguridad. Hace diez mil, veinte mil, cien mil años... lo más seguro es que sean más antiguos.

- Todos estos islotes, Walter, están cuadrículados, y sus playas amenazan con gigantescos diques marinos contruidos con bloques de basalto labrados y colocados en el lugar por las manos del hombre antiguo. Cada dársena interior está enfrentada a una terraza de esos bloques de basalto que sobresalen doce metros por encima de los canales poco profundos que hacen meandros por entre ellos. Sobre los islotes tras estas murallas existen fortalezas despedazadas por el tiempo, palacios, terrazas, pirámides; inmensos

patios se esparcen por las minas... y todos tan antiguos que parecen marchitar los ojos del observador.

«Se ha producido un gran hundimiento. Puede salir del puerto de Metalanim y alejarse cinco kilómetros y al mirar hacia abajo verá la parte superior de estructuras monolíticas y murallas parecidas y hundidas en el agua a una profundidad de 20 metros.

«Por todas partes, ensartados en sus canales, se encuentran islotes que son baluartes con sus enigmáticas murallas observando a través de los densos manojos de mangles, muertas, abandonadas hace incalculables eras, esquivados por aquellos que viven cerca.

«Usted, como botánico, está familiarizado con la evidencia de que existió un gran continente oscuro en el Pacífico. Un continente que no fue desgarrado por las fuerzas volcánicas tal y como le sucedió a la legendaria Atlantis en el océano Atlántico. Mi trabajo en Java, Papua y en las Ladrones me hizo tomar la determinación de venir a estas tierras perdidas del Pacífico. Al igual que se cree que las Azores son las cimas de las montañas de Atlantis, yo llegué al convencimiento de que Ponapé y Lele y sus islotes de basalto fortificados son los últimos baluartes de la tierra occidental lentamente hundida y que aún se exponen tenazmente a la luz del sol, y que han sido el último refugio y lugar sagrado de los gobernantes de aquella raza que ha perdido su hogar inmemorial bajo las crecientes aguas del Pacífico.

«Creí que bajo estas ruinas podría encontrar la evidencia de lo que buscaba...

«Mi ... mi esposa y yo hablamos antes de que nos casáramos acerca de hacer de éste nuestro gran trabajo. Tras la luna de miel nos preparamos para la expedición. Stanton estaba tan entusiasmado como nosotros. Como usted sabe, partimos en barco a finales de mayo para que se cumpliesen mis sueños.

«En Ponapé seleccionamos, no sin dificultad, trabajadores (cavadores) para que nos ayudaran. Tuve que ofrecer extraordinarios incentivos antes de poder reunir mi fuerza de trabajo. Las creencias de estos nativos de Ponape son tenebrosas. Pueblan sus bosques, sus montañas y playas con espíritus malignos (les llaman *ani*). Y están asustados. Amargamente asustados a causa de las ruinas de las islas y de lo que piensan que ocultan. Y yo no guardo dudas ¡Ahora!

«Cuando se les dijo a dónde irían, y cuánto tiempo pensábamos quedamos, murmuraron. Aquellos que finalmente fueron atraídos hicieron algo que pensé entonces que era sencillamente una condición supersticiosa y fue que se les permitiera alejarse durante las tres noches de luna llena. ¡Plujiera a Dios que les hubiéramos prestado atención y nos hubiéramos marchado también!

«Pasamos por el puerto de Metalanim y marchamos hacia la izquierda. Dos kilómetros más allá se elevaba una construcción cuadrangular impresionante. Sus paredes medían más de cincuenta metros de altura y se extendían hacia los lados cientos de metros. A medidas que nos adentrábamos, nuestra tripulación nativa se mantuvo en completo silencio; observaban la construcción furtivamente, llenos de temor. Lo supe por las ruinas llamadas Nan Tauach, el *Palacio de los muros amenazadores*. Y por el silencio de mis hombres me acordé de lo que Christian había escrito a cerca de este lugar; de cómo se había elevado sobre sus antiguos cimientos y sus recintos tetragonales de piedra labrada; la maravilla de sus tortuosos callejones y el laberinto de sus canales poco profundos; las macabras masas de sillería observando desde detrás de sus verdes pantallas; las barricadas ciclópeas, y cómo, cuando él se había dirigido hacia sus fantasmagóricas sombras, inmediatamente el regocijo de los guías se había desvanecido y la conversación

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

